

MICHAEL VON ALBRECHT, *Cicero's Style. A Synopsis*, Brill, Mnemosyne, Bibliotheca Classica Batava, Leiden-Boston 2003, 281 págs. ISBN: 90-04-12961-8.

El presente libro de von Albrecht es una síntesis (sinopsis, dice el subtítulo) verdadera y muy lograda de un tema y un autor esenciales que están en el corazón de la lengua y la literatura latinas, un corazón que sigue bombeando su influencia a la cultura occidental hasta nuestros días: nada menos que Cicerón y nada menos que su estilo. Von Albrecht aprovecha un caudal inmenso de bibliografía, pero sobre la base de un interés de cuarenta años sobre el tema y de una nueva lectura, y con el objetivo primordial de simplificar todo el material existente, actualizarlo y hacerlo accesible a los lectores. Si ha acometido esta labor, es también, entre otras razones, porque muchos tratados antiguos sobre el estilo de Cicerón son difíciles de encontrar hoy día, porque las ediciones críticas y comentarios sobre las obras del Arpinate le parecen insuficientes, y porque unos estudios dedicados a esta cuestión se fijan sólo en aspectos parciales, mientras que otros no han conseguido traspasar sus propias fronteras. Von Albrecht quiere ser comprehensivo y selectivo en su exposición, descriptivo y no teórico. El trabajo que nos ofrece, sin embargo, no es el de un recopilador y simple sintetizador (que ya tendría su mérito), sino que aporta un enfoque nuevo y personal del que nos informa en las primeras páginas del libro, y que han aceptado, por lo demás, estudiosos de mucho prestigio (v. p. 4, n. 12). Se trata de considerar los diferentes niveles de estilo en Cicerón, en función del género (discurso, tratado, carta), el destinatario o las circunstancias de emisión, incorporando las nuevas orientaciones de la lingüística, en particular la pragmática, y la ayuda de la lengua y la literatura que mutuamente deben prestarse.

Von Albrecht sugiere (p. 8) a los menos expertos en el tema empezar la lectura de su libro por el «Epílogo» (pp. 219-242), en donde se hallará el resumen de las ideas teóricas de Cicerón sobre el arte del discurso, extraídas básicamente del *De oratore*. Ésta, y el *De re publica*, son dos obras maestras de Cicerón, a juicio de von Albrecht, y, además, complementarias: una y otra deben ponerse en relación para establecer los principios o ideales de la educación retórica, que se nos presentan encabezados por medio de doce lemas. Los cuatro primeros ('princeps', 'senatus populusque', 'lógos', 'idéa') consideran el trasfondo político e intelectual en el que se mueve el orador. El orador está incurso en la vida pública (romana) y aspira a ser, en la práctica, útil a la comunidad de ciudadanos. Éstos son su público en definitiva, y, por ello, quienes van a condicionar su estilo (p. 222), idea ésta que se reitera a lo largo de todo el libro. En el ambiente de la República romana, de una sociedad civilizada, la oratoria es la única arma de persuasión. El marco intelectual en el que toda esta práctica oratoria se desenvuelve fue creado por los antiguos griegos. Isócrates es la referencia fundamental de Cicerón, con su concepción de aunar en la misma persona el orador, el político y el filósofo. Logros romanos, en cambio, de los que es prueba en sí mismo el *De oratore*, son el estudio de la belleza literaria en una obra teórica, y el detalle de que aparezcan en ella los personajes de jóvenes oradores (Gayo Cota, Publio Sulpicio) con un propósito de ejemplificación e identificación con ellos; un propósito educativo, en suma. Los cuatro conceptos siguientes ('rem tene, verba sequentur', 'enkyklios paideía', 'philosophia', 'vir bonus') tratan de las cualidades intelectuales del orador: el privilegio que otorga al contenido frente a la forma, su cultura «enciclopédica», su cualidad de *vir bonus*. Los cuatro últimos lemas ('ironia, urbanitas', 'amplificatio', 'aptum', 'in utramque partem disserere') tocan aspectos propiamente estilísticos. Tras esto, el epílogo tiene otros dos apartados. Uno de ellos se

centra, a partir del *De oratore*, en la figura de Sócrates: apreciado como maestro, como hacedor de *boni viri* y como filósofo artifice de un método de la mayor trascendencia oratoria. Craso es el trasunto del filósofo ateniense en *De oratore*. El otro apartado desvela los pensamientos más personales de von Albrecht sobre la importancia de la educación retórica y la cultura del discurso en la actualidad, que hunde sus raíces en la Antigüedad. La retórica y la gramática deben ser esenciales en la educación actual, y los ejercicios retóricos encierran numerosos valores y son poderosos instrumentos pedagógicos (p. ej., la *disputatio in utramque partem*). En nuestros días, la retórica implica renunciar a la violencia en la discusión de los problemas humanos; con su estudio, también, se hacen patentes las estrategias demagógicas. La sociedad es más manipulable al carecer de conocimientos retóricos (latinos). El estudio de la retórica y del latín contribuyen a una mayor libertad intelectual. Y concluye von Albrecht con unas palabras que nos han llegado muy hondo y no podemos dejar de suscribir: «Los enemigos de la libertad saben bien por qué son enemigos del latín: la gramática y la retórica se enseñan en clase de latín. Por esta razón, el estudio del latín no debería ser un privilegio, sino un derecho humano» (p. 241).

El cap. 5 («Estilo y contexto en los discursos»: pp. 161-217), según la recomendación arriba indicada del profesor de Heidelberg, debe leerse por el no iniciado a continuación del epílogo. Se estudian los discursos de Cicerón ahora de una forma integrada, una vez seleccionados algunos textos en función de las partes del discurso: los 'prooemia' del *De Marcello* (título más exacto para esta oración, según von Albrecht: cf. pp. 170-171) y del *Pro rege Deiotaro*; la 'narratio' del *Pro Milone*; la 'digressio' del *Pro Archia*; la 'peroratio' de *In Verrem* II, 5, 184-189. El estudio de dichas obras no se limita a la parte en cuestión, sino que ésta se pone en relación con otras partes del mismo discurso, a cuya luz se revelan estilos diferentes. En todos los casos se ha prestado atención al contexto y al decorum. El exordio del *De Marcello* despliega un elevado número de elementos epidícticos sobre los que el propio Cicerón había teorizado en el *Orator*, con lo que la teoría y la práctica ciceronianas aparecen imbricadas de manera palmaria en estos pasajes. Von Albrecht pone en evidencia también la «reorientación» a la que Cicerón somete algunas de las virtudes propagandísticas de César, la 'dignitas' y la 'sapientia', para lo que ha tenido también presente el *Bellum civile*; el tema último del *De Marcello* no es la 'clementia', dice von Albrecht, sino la 'sapientia' de César, en el sentido de hacerle consciente de los valores de la comunidad frente a los individuales: Cicerón, en este exordio, pretende ser «mentor» político o intelectual del dictador según sus propios principios republicanos. El exordio del *Pro Deiotaro* se estudia desde el punto de vista de la 'inventio' y se coteja con la obra primeriza de Cicerón *De inventione*, cosa que a nadie hasta ahora se le había ocurrido. Los resultados son el ajuste del discurso al tratado de forma plena en lo que se refiere, al menos, a un par de técnicas en éste recomendadas; y, a la vez, la revalorización del *De inventione* como tratado de retórica. Del *Pro Milone* se analizan no sólo la narración, sino también el proemio y la peroración. Tanto más que antes, las cualidades que un exordio debe poseer, descritas en el *De oratore*, hallan su plasmación práctica de *genus medium* en el exordio del *Pro Milone*, cuya narración es prototípica del *genus tenue* que se delinea en el *Orator* (descontada la prosa rítmica, es lo cierto). En este punto, ya se ha resaltado la importancia de la 'inventio' como primer concepto clave en la configuración del estilo ('elocutio') de Cicerón; una y otra son convergentes en el orador romano. La peroración del *Pro Milone* ofrece todavía un tercer nivel de estilo, el estilo elevado o *gravis*. Con mucha finura, a nuestro entender, von Albrecht explica las razones de la desproporción y de la necesidad del excursus sobre la

poesía y la educación que figura en el *Pro Archia*: la facilidad del caso y la escasez de pruebas favorables a su defendido han movido a Cicerón a desviar la atención de la audiencia hacia un tema que, en sus manos, ha pasado de ser personal a universal. No deja de estudiarse en este mismo discurso su proemio ejemplar y elegante, próximo, como el excursus, al género epidíctico. Por último, del citado pasaje de *In Verrem* se comenta la peroración como ejemplo de estilo sublime, llena de vocativos, conduplicaciones (ej.: *imploro et obtestor*) e invocaciones retóricas a los dioses. La mención de los dioses sicilianos en este discurso, como demuestra von Albrecht, es de gran importancia, en la medida en que se romanizan y universalizan para, haciendo uso el orador romano de la técnica de la ‘amplificatio’, autoencumbrarse ante su audiencia en detrimento de Verres. En conclusión: dentro de un mismo género —aquí, el oratorio— y dentro de un mismo discurso, hay variedad de estilos; y estos estilos están determinados por dos conceptos clave: la adecuación (*appropriateness*), o ‘aptum’ —al emisor, al receptor, a la materia, a la situación en el espacio y en el tiempo—; y la concepción (*design*) global del discurso, o ‘inventio’.

Si hemos sido fieles, como principiantes, a la guía de lectura propuesta por el autor del libro, debemos ahora pasar a los primeros capítulos de la obra. Los tres primeros abordan los rasgos «variables» del estilo de Cicerón, es decir, aquellos que varían en función del género, del propio texto y de la evolución diacrónica; el cuarto capítulo, en cambio, se concentra en aquellos otros rasgos llamados «constantes».

El cap. 1 («Diferencias de género»: pp. 11-77) marca la pauta del tipo de análisis que von Albrecht efectúa con el apoyo de abundante bibliografía. Desde el punto de vista del estilo, cada género (discursos, tratados, cartas...) se estudia en comparación con los demás géneros, considerando en cada caso los diversos planos gramaticales —fonético, morfológico, léxico, sintáctico (aquí entra el orden de palabras y la prosa rítmica)— y retórico. En los discursos, se tiene en cuenta si se pronunciaron o no, o si sólo estaban destinados a la publicación. Von Albrecht pone de manifiesto las diferencias estilísticas entre unos y otros. Se tienen en cuenta también las diferencias existentes entre los discursos judiciales (con un estilo sencillo y carente de pathos en las causas civiles, y una mayor elegancia de las causas criminales) y los políticos (que presentan rasgos emocionales si fueron pronunciados ante el pueblo, y rasgos intelectuales si lo fueron ante el senado). En cualquier caso, son la audiencia y las circunstancias pragmáticas las que condicionan el o los estilos. De los tratados filosóficos y retóricos, que en líneas generales participan de características comunes, se puede decir que muestran un estilo intermedio entre los discursos y las cartas. Los tratados filosóficos, afirma von Albrecht, están escritos tanto en un lenguaje coloquial como, así mismo, en un lenguaje sublime. Las cartas reciben un muy detallado análisis, desglosado en un alto número de párrafos. Aquí también los estilos son diferentes en función del tipo de carta (privada, pública), del contexto (familiar, político) y de la situación (consolación, recomendación). Por último, no se pasa de largo sobre la poesía de Cicerón, en el peldaño más alto de estilo retórico. En este capítulo, en fin, el autor ha ido deduciendo reglas (*as a rule...*; ejemplos: «el vocabulario arcaico y el poético es más frecuente en los escritos filosóficos que en los discursos» [p. 12], «en el estilo forense, el arte debe ser ocultado» [p. 19], «la lengua cotidiana es más rara en las oraciones políticas que en las defensas» [p. 25], «Cicerón presta [a la hora de traducir] menos cuidado a los términos epicúreos que a los estoicos» [p. 35], «las oraciones nominales y las elipsis aparecen más a menudo en los escritos filosóficos que en los discursos» [p. 38], «el ritmo es más sofisticado en los tratados que en los discursos» [p. 45], etc.), reglas con visos de ser definitivas.

El cap. 2 («Matices de estilo dentro de obras individuales»: pp. 79-95) es un breve estudio acerca de los diferentes matices de estilo, cambios de tono e interacción de niveles que pueden encontrarse, de un modo general, en un amplio número de discursos en sus distintas partes, además de en los tratados filosóficos, fundamentalmente.

El cap. 3 («Desarrollo cronológico»: pp. 97-123) es el que menos permite enunciar afirmaciones concluyentes. Se trata de establecer la evolución diacrónica del estilo de Cicerón en cada uno de los géneros que cultivó, lo que sólo en este momento puede abordarse tras el estudio de los diversos géneros y el análisis pragmático (p. 8). En los discursos, se toman tres puntos de referencia: primeros discursos, discursos de los años 50, y discursos tardíos. Cabe preguntarse si el estilo de Cicerón se vio modificado, hacia el asianismo, tras su viaje a Grecia y Asia, ya que el *Pro Q. Roscio comoedo* contiene huellas de esa escuela retórica: fue algo transitorio, y los ecos plautinos se deben a que su defendido era actor de profesión. Como tampoco las *Caesarianae* adoptan acomodaticamente un estilo neoático haciendo una concesión al destinatario. En los discursos tardíos el purismo de Cicerón crece a la vez que disminuye la exuberancia ornamental; ganan la fuerza y la transparencia, pierde la abundancia. Más difícil es establecer cambios de estilos a lo largo del tiempo en los tratados filosóficos. Los tratados retóricos, por su lado, experimentan una evolución paralela a los discursos.

El cap. 4 (pp. 125-159), titulado «Consistencia», repasa los rasgos estilísticos «constantes» de Cicerón, esto es, aquellos que son común denominador de la mayor parte de sus obras y que configuran su estilo. Cinco bloques y una conclusión contienen este capítulo. Primeramente, se tiene en cuenta la tradición griega y romana en la que se inserta Cicerón, en la teoría y en la práctica. Entre los griegos, influyeron en el orador romano los antiguos Teofrasto, Platón (cuyos diálogos aspira a emular), Aristóteles (al que admira), Isócrates, Demóstenes (del uno adopta la *cháris*, del otro el *páthos*), más las escuelas retóricas coetáneas, asiana y ática, en medio de las cuales se halla su propia posición ecléctica, que irá evolucionando hacia un estilo más moderado. Como traductor, von Albrecht señala las dificultades a las que Cicerón debía enfrentarse, así como sus aciertos; el estilo del orador romano compensa las carencias léxicas de la lengua latina en relación con la griega. La tradición romana, por su lado, está presente en el empleo de 'exempla', en la apelación a las emociones o en el uso, por ejemplo, de la aliteración y de la acumulación de sinónimos. Dentro de la tradición romana, pesa en Cicerón la lengua jurídica y oficial, que es utilizada, sin embargo, con criterios estéticos más que lingüísticos. Es notable la influencia recibida de Enio, como no lo es menos la que ejerció la prosa de Cicerón sobre los poetas augústeos. Respecto de las cartas, la lengua coloquial en la que están escritas tiene en mente el destinatario, y se podrían calificar como una suerte de idiolecto ciceroniano. Un segundo apartado, de gran interés, sitúa el estilo de Cicerón en el contexto de su época: aquí, se detallan primero algunos rasgos que definen la posición de Cicerón respecto de la escritura de la época anterior, para luego, sobre todo, comparar los dos grandes prosistas del momento, Cicerón y César. Si Cicerón es considerado purista en última instancia, no lo es de una manera tan rígida como la que exhibe César, escritor de «sobriedad burocrática» (p. 140); está claro que el estilo de Cicerón es más variado y consistente. El tercer y cuarto apartados que distinguimos continúan estudiando las características del estilo del Arpinate, una de las cuales, la creación de léxico, deriva de la gran creatividad del orador. Se puede concluir que el purismo de Cicerón es consecuencia de la búsqueda de la perfección, y que las constantes de su estilo obedecen al principio del decorum (*aptum*), condicionado por las leyes del género, por el tema y por la audiencia. El quinto apartado sintetiza la influencia de Cicerón en el

devenir de la literatura occidental, desde los escritores de la generación siguiente, pasando por Livio, los poetas áureos (Horacio, Ovidio), Séneca (a pesar de todo), los arcaizantes, hasta los autores cristianos, entre los que destaca Agustín (presente en otros capítulos de este libro), los medievales y los eruditos del Renacimiento. En esta época tuvieron lugar algunas polémicas en torno al latín que debía ser digno de imitación: von Albrecht menciona la toma de postura de Erasmo contra los ciceronianos. Las conclusiones de este importante capítulo pueden resumirse diciendo que el estilo de Cicerón ha recibido la aceptación casi universal de la comunidad lingüística; y que, en el s. I a. C., previo a la poesía de la Edad de Oro, supone el acmé de la prosa, una prosa dotada de claridad, belleza y armonía (además de funcional), expresión de la personalidad de un individuo. «Es a través de Cicerón», dice von Albrecht en otro capítulo, «como conocemos mejor qué es el latín clásico, y es a través de una lectura minuciosa de sus discursos como nos damos cuenta de que el latín clásico no tiene nada que ver con la habitual noción de lengua muerta» (p. 197).

El libro se cierra con la bibliografía (una docena de nombres españoles en veinticinco páginas: podía haber alguno más), el índice y una «Posdata» anterior (pp. 243-246) plena de coraje y honradez intelectuales, en la que el profesor von Albrecht, a contraluz de la adecuación y de la claridad ciceronianas, critica tanto la banalización de la lengua televisiva como la expresión abstrusa de algunos eruditos, lamentándose también del progresivo alejamiento de la transparencia de lenguas a priori virtuosas como el francés, el alemán y el inglés (cuando caen en manos de logóforos y mistagogos). Estudiar a Cicerón y su estilo es una necesidad cada vez mayor en tiempos en que los individuos son víctimas fáciles de la demagogia de políticos y vendedores. Frente a la lengua muerta que exhiben estos últimos, la de Cicerón se alza como un ejemplo de lengua viva memorable.

Este volumen de Michael von Albrecht sobre Cicerón y su estilo está escrito con admirable concisión. Es un libro poliédrico, pero con conclusiones convergentes en todos sus capítulos. Está destinado a perdurar, a ser un clásico: por su capacidad de síntesis, su variedad de enfoques y su pasión y compromiso con la materia objeto de su estudio. Resulta ya imprescindible y sería un honor ser traducido a nuestra lengua. Materialmente, es un libro muy cuidado. Tres erratas, varias incongruencias tipográficas: nada importante en una edición de primer nivel como ésta.

José Antonio CADENAS NAVARRO
joseancadenas@hotmail.com

HOMINEM PAGINA NOSTRA SAPIT. Marcial, 1900 años después. Estudios. XIX Centenario de la muerte de Marco Valerio Marcial, JOSÉ JAVIER IJO ECHEGOYEN, ALFREDO ENCUESTRA ORTEGA (Directores), Dirección General de Cultura de Aragón en colaboración con la Institución Fernando el Católico de la Diputación de Zaragoza y la Universidad de Zaragoza, 2004, 547 pp. ISBN: 84-96223-60-4.

El presente volumen de veintiún estudios se abre con un prólogo de J. J. Iso Echevoyen, comisario de la edición, para explicarnos el título, su contenido variado, pero básicamente filológico, y las razones de la importancia literaria de Marcial, a saber, su originalidad, su cercanía y su constante exhortación al *carpe diem*. Con independencia de la trascendencia que estos trabajos tengan para el futuro, que sin duda la tendrán, lo cier-